

# LA TOMA DE LA BASE NAVAL DE SINGAPUR

Por

Sir George SANSOM

## I



A CAIDA de Singapur indudablemente hará época en la historia del Lejano Oriente. Demostró que la situación de las potencias occidentales

allí ya no era segura y, por consiguiente, todas las relaciones entre los países orientales y occidentales habían entrado a una nueva fase. Lo que corría mayor riesgo era el futuro de todos los intereses occidentales en el Pacífico, ya que los ataques japoneses amenazaban no sólo el territorio colonial y su comercio, sino también la vida de estados independientes, como Australia y Nueva Zelandia. Desafiaban no sólo la fuerza militar, sino también los principios políticos y el prestigio de los pueblos occidentales.

Indudablemente fue este aspecto de la caída de Singapur, que le dio un significado mucho más profundo que el de un desastre militar, (que se puede recuperar), el que hizo que la opinión pública se retrajese de mayores manifestaciones y buscase una explicación en circunstancias puramente locales. Tal vez era natural que, en la consternación producida por el ataque a Pearl Harbour y a las Filipinas, el fracaso experimentado en la Península Malaya hubiese sido atribuido a las deficiencias de sus defensores, más bien que

a la situación general de inferioridad de las fuerzas de las Naciones Unidas en el Pacífico. La prensa y el público, en Estados Unidos y en Gran Bretaña, culparon a los comandantes militares y a la administración civil de Malaca, de grave incompetencia y descuido, sin tomar en cuenta la gran trabazón e implicancia enorme que tenían la política y la estrategia mundial, de las cuales los acontecimientos de Malaca no eran más que una parte.

Algunas de las acusaciones que se lanzaron contra el comando militar pueden liquidarse de inmediato; la más común de éstas es la declaración de que los planes británicos para la defensa de Singapur no consultaban la posibilidad de un ataque desde Tailandia hacia la Península de Malaca. Esto es sencillamente un absurdo.

El concepto estratégico sobre el cual se fundó Singapur, fue para tener una base naval protegida, desde la cual una flota poderosa pudiera operar. Por lo tanto, estaba defendida por defensas costeras fijas contra todo ataque que viniese del mar. Decir que "los cañones apuntaban en dirección opuesta a la debida", es un desatino. La artillería costera de grueso calibre, que disparaba granadas perforantes y explosivas, estaba destinada a un

objetivo específico y no había sido diseñada para repeler ataques terrestres (aunque de hecho la mayoría de sus cañones podía apuntarse contra el continente, y efectivamente así se emplearon). Contra un enemigo que se aproximara desde el continente, se necesitaba artillería móvil y otras formas de defensa. Todas estas fueron proveídas en las cantidades precisas. Cuando se terminó la construcción de la base, se prepararon planes para la defensa a lo largo de toda la Península Malaya. Estos planes fueron revisados y aumentados cuando cambió la situación estratégica general en el Lejano Oriente, particularmente cuando se comprendió que, en caso de una guerra europea, la fuerza principal de la Marina Real se necesitaría en el Atlántico y en el Mediterráneo. En estos planes no se dejó de tomar en todo su valor el desarrollo y perfeccionamiento de la fuerza aérea. Se construyeron aeródromos militares en numerosos puntos de la isla de Singapur y en toda la península.

El General Comandante de Singapur en 1940, trazó nuevos planes para la defensa contra ataques de los japoneses, ya vinieran desde Tailandia, ya desde puntos de desembarco en las costas Malayas. Todos estos planes fueron revisados a la luz de los nuevos progresos por su sucesor en 1941. Pero una cosa es el plan, y otra muy distinta es contar con la fuerza con qué llevarlo a cabo. La verdad pura y simple es que, cuando los japoneses lanzaron su ataque el 8 de diciembre de 1941, no había bastantes hombres ni armas con qué resistirlo, porque todo lo que Gran Bretaña había podido distraer, había sido enviado al Medio Oriente y a la Rusia soviética. En aquella fecha, en toda Malaya no había mucho más de cien aviones, la mayor parte de ellos de modelo anticuado: de marcas Brewster-Buffalo, Wirraway, Wildbeact, y unos pocos bombarderos Blenheim; no había Hurricanes, ni Spitfires. Había sólo tres divisiones de tropas británicas (unos 50.000 hombres en total), que provenían por partes iguales del Reino Unido, de la India y de Australia. Había unos cuantos cruceros ligeros y destructores; pero, fuera del "Prince of Wales" y del "Repulse", no había ningún otro buque poderoso y apenas unas pocas embarcaciones pequeñas de combate, del tipo que hubiera podido

usarse para impedir desembarcos por el enemigo con fines de infiltración.

Los japoneses, que por entonces habían eliminado la amenaza de la Marina Norteamericana (que habrían tenido que tomar en cuenta como una posible amenaza contra su flanco, aun en el caso de que Estados Unidos no hubiese estado en guerra con ellos), y como el 8 de diciembre habían destruido una gran parte de la Fuerza Aérea norteamericana del Lejano Oriente en las Filipinas, luego obtuvieron el dominio efectivo del mar y del aire en el teatro de la Península Malaya y se vieron libres de todo ataque contra sus bases de Indochina y Tailandia. Según sus propios relatos, sus desembarcos se efectuaron con dos divisiones, uno en Singora de Tailandia, y otro en Kota Bahru, que está en la costa noroeste de la Península Malaya, cerca de la frontera tailandesa. La primera división desembarcó sin oposición de parte de los tailandeses; éstos, en verdad, parece que estaban en connivencia con los japoneses, que, desde el verano y otoño de 1941, se preparaban para desembarcar en el istmo de Kra. El segundo desembarco se encontró con una persistente y vigorosa resistencia de las fuerzas británicas (parte de una división), que se habían establecido en posiciones fortificadas a lo largo de la playa, con un sistema bien estudiado de fortalezas de concreto, trincheras, alambradas de púas, y obstáculos bajo el agua.

Ni en Kota Bahru ni en Singapur las fuerzas británicas dejaron de estar preparadas para el ataque de los japoneses. Muchas veces se ha insinuado que fueron tomados de sorpresa, pero eso no es verdad, porque vivían con el dedo en el gatillo. Los bombarderos que atacaron a Singapur a las cuatro de la mañana del lunes 8 de diciembre, fueron recibidos con nutrido fuego antiaéreo. Las lanchas de desembarco que, más o menos a esa misma hora, desatracaron de los transportes frente a Kota Bahru y realizaron el asalto contra la playa, encontraron un intenso fuego de ametralladoras y una poderosa barrera de las baterías de la defensa de costas. No obstante esto, algunas tropas de asalto lograron sentar pie en la playa.

Los comunicados japoneses admiten que sus bajas fueron muy subidas, y sa-

bemos que hubo un momento en que los comandantes japoneses se creyeron muy cerca del fracaso. Lo que los salvó fue el intenso fuego de cañón de sus cruceros pesados y destructores, que concentraron sus tiros para destruir la artillería y los emplazamientos de ametralladoras de los británicos a lo largo de la costa. Aún entonces, al salir el sol, nueve bombarderos británicos que se elevaron del aeródromo de Kota Bahru, llegaron por el oriente sobre los transportes japoneses y hundieron varios de éstos. Desgraciadamente nuestros bombarderos eran demasiado pocos y luego fueron destruidos, ya por fuego antiaéreo, ya por aviones japoneses que operaban desde Tailandia o desde portaaviones, en olas de 50 máquinas cada vez.

En consecuencia, las tropas británicas en la Península Malaya nororiental estuvieron peleando sin apoyo aéreo, sin exploración aérea, y en cantidades enormemente inferiores. Contraatacaron al grupo de desembarco a mediodía y lograron detener el avance japonés por ese día, permitiendo así que la fuerza principal británica, mediante hábil maniobra nocturna, se retirase en buen orden, para tomar posición más al sur. Los japoneses no pudieron seguirlos, porque estaban desorganizados y exhaustos; pero sabían que en dos días más llegarían sus fuerzas principales. El 9 de diciembre, varios convoyes japoneses comenzaron a traer a Kota Bahru más divisiones de infantería, una división mecanizada y tropas especializadas. El Alto Comando en Singapur tenía conocimiento cabal de estos movimientos, y decidió tomar medidas desesperadas.

El almirante Phillips juzgó que si lograba introducirse entre los convoyes japoneses, en un ataque al alba con sus grandes buques, podía ocasionarles tanto daño, que llegase a desbaratar los planes de invasión de los japoneses. Los críticos han dicho que estaba ciego para no ver la importancia de la fuerza aérea; pero esto es una equivocación burda. Conocía perfectamente el riesgo que corría. Su plan consistía en aprovechar el tiempo nebuloso que provocan los monzones y, después de hacer un gran rodeo, avanzar sin ser visto hacia la costa noreste, de manera que pudiera acercarse a los transportes japoneses al amparo de la obscuridad, con lo que se disminuiría el peligro de ataque

aéreo, y al mismo tiempo esto le daría cierta ventaja en el combate con los buques de guerra de la escolta japonesa, si le tocara encontrarse con ellos. Antes de zarpas de Singapur, dijo por señales: "Salimos a buscar molestias, y no cabe duda que las encontraremos".

Salió de Singapur el 9 de diciembre con tiempo de nubes bajas y llovizna. Durante el día el "Prince of Wales", el "Repulse" y una pequeña escolta de destructores, aparentemente no habían sido divisados. Por mala suerte, hacia el anochecer, el tiempo empezó a despejar y, a través de un claro que se abrió en las nubes, fueron observados por un avión de reconocimiento de los japoneses. Esto significaba que ya no podrían contar con el elemento sorpresa. Los transportes del convoy japonés serían desparramados y el enemigo los estaría esperando con buques de guerra y aviación. En vista de esto, el almirante Phillips decidió abandonar la operación y, a las 9 PM., hizo las señales respectivas a sus buques. La escuadra entonces viró al sureste para salir al mar abierto y ponerse fuera del alcance de los bombarderos medianos, cuyos ataques debían esperarse para el amanecer del día siguiente.

En las primeras horas de la mañana siguiente, se recibieron señales de Singapur; éstas decían que se les había comunicado que se estaba efectuando un desembarco de japoneses en la costa del este, a unas 150 millas al norte de Singapur. Inmediatamente la escuadra puso rumbo a esa región, enviando adelante al destructor "Express" con instrucciones de que se acercase bien a la costa y la inspeccionara, buscando las partidas de desembarco. Pero no se encontró nada y se prosiguió el viaje de regreso a Singapur. A las 11.15 la aviación japonesa comenzó a atacar a los buques capitales. Hubo primero varias oleadas de bombarderos de nivel alto, y más tarde los aviones torpederos lanzaron su primer ataque. Una oleada de nueve bombarderos, que atacaban desde la altura, fue rechazada antes de los ataques con torpedos; igualmente otros dos ataques desde lo alto (uno contra cada buque) fueron repelidos más tarde. A las 11.44 el "Prince of Wales" fue tocado a popa por un torpedo, y comenzó a escorar. Después del segundo ataque a alto nivel (a las 11.58), el "Repulse" hizo señales al buque insignia para informarle

que hasta ese momento había logrado esquivar todos los torpedos. A las 12.20 apareció una segunda ola de aviones. Poco después el "Prince of Wales" fue tocado por torpedos tres o más veces, y comenzó a irse a pique. El "Repulse" fue alcanzado en seguida por tres torpedos y comenzó a hundirse a las 12.30, mientras todos sus cañones disparaban incesantemente, hasta que por fin desapareció.

Este fue el trágico fin de una arriesgada empresa; temeraria porque era desesperada y que por último fracasó. Si hubiese tenido éxito —como bien pudo haberlo tenido—, habría hecho cambiar todo el curso de la campaña de la Península de Malaca. La mayoría de los oficiales navales británicos que se han dedicado a estudiar la cuestión, consideran que el riesgo, por grande que fuera, debía correrse. Es una tradición en la Marina británica el aventurarse a todo trance. Y es casi seguro que, si la escuadra británica hubiese permanecido en el puerto, se la habría acusado, y con justicia, de haber querido guarecerse detrás de los cañones de Singapur, como elemento pasivo e impotente, y no como un elemento activo para la defensa de la Península de Malaca. En cuanto a la sugerencia de que el almirante Phillips ignoraba la importancia de la protección aérea, basta sólo recordar que recién venía del Estado Mayor Naval, del cual formaba parte en Londres, y que era un oficial sumamente hábil, activo y experimentado, y que por cierto no habría dejado de apreciar el peligro de los aviones torpederos contra los buques de guerra sin protección. Después de todo, fueron los aviones navales británicos los que atacaron la flota italiana con torpedos en Tarento en 1940, época en que Phillips ocupaba un puesto de responsabilidad en el Almirantazgo.

La realidad es que había pocos aviones de combate utilizables en la Península de Malaca. Había trabajo urgente que a ellos les tocaría hacerlo allí; su radio de acción era corto. El almirante, en pleno conocimiento de estos hechos, con el propósito de ocultarse, había mantenido estricto silencio radiotelegráfico hasta el último momento posible. Originariamente se había resuelto dar protección de cazas para la mañana del 10; pero la pérdida del aeródromo de Kota Bharu hizo imposible el llevarla a cabo. Cuando más tarde se comprendió que el ataque aéreo

de los japoneses se estaba realizando en escala formidable, el "Repulse" envió un radio de emergencia informando al Cuartel General de Singapur a las 11.50. Los aviones de caza disponibles despegaron inmediatamente desde Sembawang, en la isla de Singapur, apenas recibieron ese mensaje. Desgraciadamente llegaron demasiado tarde; mas, por este atraso no se debe recriminar ni al Comando Naval ni al Cuartel General Aéreo. Hicieron lo que pudieron con los escasos recursos de que disponían.

Mientras la lucha por tierra y por mar se proseguía en la costa oriental, los japoneses lanzaron un ataque en gran escala por la costa occidental. Este se llevó a cabo por una fuerza de choque compuesta de una división mecanizada y con apoyo de tanques y de infantería especialmente preparada, que había desembarcado en Singora, de Tailandia; cruzaron el istmo de Kra y entraron en la Península Malaya, a lo largo del ferrocarril que va de Bangkok a Singapur. Era esencial para el comando británico el atacar desde el aire el convoy que estaba desembarcando esta división en Singora. Se lanzó el ataque y varios transportes japoneses fueron hundidos por los bombarderos británicos; pero éstos fueron derribados después, casi todos, por aviones de caza de un portaaviones japonés. Todas estas misiones constituían un esfuerzo excesivo y abrumador para la pequeñísima fuerza aérea de que disponía el comando de la Península Malaya y, por lo tanto, no es de extrañarse que se vieran en dificultades para subvenir a todas las necesidades, incluso las de la Marina. El Oficial Comandante de la fuerza aérea tenía una tarea ingrata e imposible, la que desempeñó con gran habilidad y valentía.

Parte de la estrategia japonesa en esta campaña consistía en concentrar los esfuerzos para obtener la superioridad aérea. Con tal objeto, bombardeaban nuestros aeródromos día y noche, sin descanso, y sacrificaban todos los demás objetivos para destruir antes que nada la aviación británica, tanto en tierra como en el aire. Lograron conseguirlo, gracias a la ventaja abrumadora de su gran número. No se sabe de cuántas máquinas disponían, pero han debido ser varios cientos de aviones de línea de frente, y con abundante reserva. Sus incursiones diarias contra los aeródromos de Singapur solamen-

te, las realizaban con escuadrillas en masa, de 54 a 108 aviones por vez, al mismo tiempo que usaban libremente bombarderos y cazas, para apoyar las operaciones de su infantería y artillería en muchos otros puntos de la Península Malaya.

La aviación japonesa sufrió grandes pérdidas; pero hacia el final de la campaña, aunque llegaron a Singapur algunos refuerzos de cazas Hurricanes, la Real Fuerza Aérea no podía lanzar al aire una docena de máquinas al mismo tiempo. Una semana después del 8 de diciembre, los japoneses tenían el dominio del aire casi completo. Conservaron este dominio a pesar de los hábiles arreglos que se hicieron para hacer llegar aviones a Singapur y para armar, rápidamente después de su llegada, aviones que se llevaron embalados en piezas. La Real Fuerza Aérea no pudo dar abasto al inevitable despilfarro de aviones, motivado por las grandes y premiosas demandas de máquinas, y debido a la dificultad para armarlos y conservarlos bajo el constante bombardeo de los aeródromos y de los establecimientos de reparaciones.

La división japonesa que desembarcó en Singora y cruzó hacia el interior de la Península Malaya, fue seguida inmediatamente por otras divisiones, de manera que, cuando la división mecanizada llegó a la altura de Penang (según fuentes japonesas) había cuatro divisiones más detrás de aquélla, quedando algunas de reserva en punta de rieles de Singora.

Estas fuentes japonesas de información no son del todo dignas de confianza. Son fuentes extraoficiales, declaraciones divulgadas que aparecen en los diarios japoneses, relatos de prensa sobre entrevistas con oficiales o soldados japoneses, y datos semejantes. Al reunir los materiales para este artículo, se logró comprobar que entonces los japoneses tenían nada menos que nueve divisiones, o combatiendo en la Península Malaya, o en reserva para ese u otros teatros de operaciones. Esta cifra no cuadra con la opinión general de las autoridades militares británicas, que estiman que el total de fuerzas japonesas que se emplearon en la captura de la Península Malaya, fue una cantidad mucho más modesta.

Crean que, en su avance hacia el sur de la Península de Malaca, los japoneses uti-

lizaron tres divisiones completas, un regimiento de tanques, y un gran número de ingenieros y otras unidades independientes. Esto arrojaría una fuerza total de 80 mil a 100 mil hombres. Si se consideran únicamente las cantidades numéricas, quizá no hubo gran diferencia entre el total de las fuerzas japonesas empleadas, y las fuerzas británicas en la época de su mayor dotación. Sin embargo, debe recordarse que el comando británico no podía desplegar el total de sus fuerzas en ningún momento. Aún más, tenía que vigilar una larguísima costa y defender constantemente su propia base. Las fuerzas británicas fueron excedidas en número y aventajadas por grandes cantidades, en todos los puntos críticos de la campaña. Tomando en cuenta todos los factores, es más seguro decir que las fuerzas británicas en la Península Malaya tuvieron que hacer frente a un ejército japonés formado por tropas brillantemente entrenadas y aguerridas, tal vez las mejores del mundo en esa época para la clase de guerra en que estaban empeñados, y que sumaban no menos de 100.000 hombres.

La superioridad en número de los japoneses en los primeros encuentros en las regiones del norte de la Península Malaya, fue probablemente mucho mayor de lo que sugieren estas cifras. Se sabe que las divisiones japonesas se empleaban alternadamente, de modo que las fatigadas tropas británicas tenían que hacer frente a tropas japonesas siempre renovadas y siempre frescas.

La retirada constante de las fuerzas británicas, desde la frontera hasta que cruzaron los estrechos que las separaban de la isla de Singapur, se ha atribuido por los críticos a la incompetencia de sus comandantes y aun a falta de espíritu combativo de las tropas británicas. Dejando a un lado por el momento la cuestión de competencia de comando, puede decirse sin titubear que la fiereza de la lucha y el vigor de la resistencia presentada, se prueban ampliamente por las bajas que sufrieron las fuerzas británicas. Los highlanders Argyll y Sutherland, que contaban con más de 800 plazas, después de pelear a través de toda la península, cruzaron el canal de Singapur con efectivos que no alcanzaban a 100 hombres. Estos aguerridos e indomables veteranos ocuparon el puesto de honor protegiendo la reta-

guardia, cuando el cuerpo principal de las tropas británicas se retiró a la isla de Singapur. Fueron los últimos en cruzar el estrecho, restos gloriosos de un soberbio cuerpo, que fueron recibidos al son de aires escoceses ejecutados en gaitas por la simpatía de sus camaradas, los Gordon Highlanders. El batallón de Gordon Highlanders sufrió en iguales proporciones. El Regimiento Leicester y el Regimiento de East Surrey, tuvieron sus efectivos tan reducidos que cuando se reunieron los dos cuerpos en uno solo, no alcanzaron a tener el número necesario para un cuerpo completo; en otros términos, tuvieron más de un 50 por ciento de pérdidas. Los gurkhas fueron casi hechos pedazos. Las brigadas de la India experimentaron crueles pérdidas; lo mismo sufrieron las fuerzas australianas.

La historia del Regimiento Malayo la hemos dejado para el fin, pero no por ser la menos importante. Se ha dicho que las autoridades de la Península Malaya no utilizarían fuerzas malayas. Esto no es exacto. Es verdad que las autoridades, tanto civiles como militares, eran contrarias a que se hicieran grandes reclutamientos de soldados indígenas, no por temor de deslealtad de parte de ellos, sino principalmente porque en la Península Malaya no había suficiente equipo moderno con qué armarlos. Había un regimiento malayo regular, cuyos oficiales eran principalmente ingleses, que conocían la lengua y costumbres de sus soldados y que se enorgullecían de sus hazañas. Quizá el siguiente extracto de un relato, hecho por un agricultor holandés que vivía en la Península Malaya y que llegó a ser oficial en este regimiento, demuestra que los malayos no eran reacios para pelear a favor de los ingleses, juntamente con éstos. Dice este oficial: "Estos muchachos desplegaron en realidad un heroísmo espectacular, especialmente durante la batalla por Singapur. Estuvimos en lo más reñido de la pelea desde el principio. Cuando ordenamos "cesar el fuego", no quedaban más de cien vivos, incluyendo los heridos, de nuestro batallón, que originalmente contaba con 846 hombres... Peleábamos con grandes desventajas: no teníamos cañones, ni aeroplanos, y los japoneses tenían grandes cantidades de todo. Los aviones enemigos nos bombardeaban en picada continuamente, y las granadas

de artillería nos caían a razón de 17 por minuto, en un frente de unas 500 yardas".

En cuanto a la competencia del Comando Militar, hay campo para diferencias de opinión. Probablemente no fueron informados del verdadero grado de fuerza que asumiría el ataque japonés, ni de ciertas tácticas y métodos de combate nuevos, que habían estudiado los japoneses. La táctica de infiltración detrás de las líneas, que emplearon los japoneses, fue indudablemente uno de los factores importantes que influyeron en la derrota de las fuerzas británicas; quizá si por nuestra parte se hubiesen empleado métodos mejor estudiados aunque menos ortodoxos, se habría demorado el avance de los japoneses. Sin embargo, es sumamente dudoso que aun con éstos, se hubiese conseguido más de lo que se obtuvo con los empleados. Los casos más desastrosos de infiltración, fueron aquellos en que las fuerzas japonesas fueron trasladadas por mar en pequeñas embarcaciones hacia el sur de la costa y desembarcadas en seguida en estuarios, desde donde avanzaron tierra adentro, hasta situarse en puntos bien a retaguardia de las líneas británicas. En aquellas circunstancias fue imposible evitar esta acción, por la falta de aviones de reconocimiento y de pequeños barcos armados, que hubiesen podido patrullar las costas.

La geografía de la Península Malaya era particularmente ventajosa para los japoneses, puesto que presentaba una larga línea de costa paralela a su línea de avance, cortada por numerosos estuarios de ríos, a lo largo de cuyos cursos las fuerzas de infiltración podían internarse. La defensa de las islas Filipinas se vio obstaculizada por iguales circunstancias adversas: la carencia de buques de guerra y de aviones para impedir las infiltraciones costeras. Aun en la península de Bataan (donde el terreno áspero y montañoso era apto para las líneas defensivas y donde los desembarcos no eran posibles, excepto en dos o tres puntos), lo que más contribuyó a que pasara tanto tiempo antes de que cayera la porfiada y prolongada resistencia, fue probablemente un desembarco nocturno detrás de la línea del frente norteamericano, lo que hizo que la fuerza defensora se retirase del punto fuerte, sobre el que se apoyaba su flanco izquierdo.

Posteriormente los japoneses, después de traer fuerzas mecanizadas, artillería pesada y escuadrillas de bombarderos, pudieron hacer retroceder, lenta pero incesantemente, la línea de los norteamericanos a través de la península de Bataan, y demoler una a una las zonas defensivas mantenidas tenazmente y fuertemente protegidas, mediante su terrorífico fuego de artillería y constante bombardeo desde el aire. En Filipinas, como en Malasia, fue el dominio del aire lo que finalmente quebrantó la valerosa y bien planeada defensa después de hacer añicos la artillería de los defensores.

Debe añadirse que la táctica japonesa en Malasia, aunque hábil y afortunada, no era original; idénticos métodos fueron empleados por el general Cunningham en su conquista de Abisinia; acostumbraba localizar la fuerza de la resistencia enemiga en un camino, y en seguida enviaba sus fuerzas al interior de una región difícil por un flanco, o bien el otro método, de atacar el camino desde muy atrás de las tropas delanteras del enemigo. Para una táctica semejante en la Península Malaya, las ventajas estaban a favor de los japoneses, en gran parte por su especial adaptabilidad a las condiciones de la selva. Podían disfrazarse fácilmente con trajes malayos, vivir cómodamente con alimentos malayos, y además estaban acostumbrados en su patria a andar apenas vestidos y calzados. El soldado británico se veía embarazado por botas y equipo pesado y tenía que depender demasiado de sus carros de abastecimiento. No podían disfrazarse como malayos, ni vivir alimentándose sólo de arroz. Los oficiales británicos que pelearon en Malasia afirman que un soldado sin experiencia del clima local y de la topografía de la región, era más bien un motivo de preocupación por unos seis meses, antes que ser una fuerza utilizable, y que aun las tropas mejores, si no han recibido un entrenamiento especial para la selva, son de valor muy limitado. Los japoneses se habían dado cuenta de esto, probablemente debido a la experiencia recibida en sus peleas con las guerrillas de China, y en consecuencia, por meses y meses antes de la campaña de Malasia, estuvieron entrenando especialmente para el objeto a sus fuerzas más aguerridas.

La división original británica, que tuvo que hacer frente a los primeros ataques

de los japoneses, estaba también muy preparada y bien entrenada. Había permanecido largo tiempo en la Península Malaya para aclimatarse perfectamente y en particular algunas unidades habían sido sometidas a un entrenamiento muy intenso. Los refuerzos que llegaron poco antes, e inmediatamente después del ataque de los japoneses, no habían tenido tiempo de adaptarse a las nuevas y penosas condiciones; aun las tropas que habían vivido por dos o más años en Malasia, bajo el debilitante calor tropical, aunque veteranas, comenzaban a sufrir por los rigores del esfuerzo incesante. Sin embargo, a pesar de tales desventajas, estas últimas tropas, cuando se presentó la ocasión, pudieron hacer frente con éxito a la nueva táctica de los japoneses. Los soldados del cuerpo Argylls, repetidas veces tendieron emboscadas a las compañías de asalto japonesas y las barrieron totalmente; lo mismo hicieron los gurkhas y los australianos. Estas unidades vendieron muy caras sus vidas, porque las pérdidas que infligieron a los japoneses eran con frecuencia diez veces mayores que las sufridas por ellos. No hay garantía alguna para decir que, fuera de la superioridad numérica, los japoneses hayan establecido alguna otra sobre las tropas británicas en campaña.

A medida que avanzaba la campaña, los soldados británicos menos experimentados comenzaron a adaptarse mejor a las circunstancias, pero ya entonces los japoneses se habían establecido bastante al sur de la península y habían ocupado los aeródromos más importantes. Las tropas británicas se hallaban exhaustas, pues habían tenido que pelear sin tregua y sin protección aérea por semanas y semanas, mientras que los japoneses pudieron siempre retirar una división cansada y lanzar a la batalla una de refresco.

Los soldados ingleses, escoceses, australianos, indúes, gurkhas o malayos, siempre fueron aventajados en número, pero nunca en la pelea. Es cosa curiosa que nunca se haya hecho una historia completa de la valentía y resistencia para soportar los rigores de esa dura campaña, sino que simplemente se le haya presentado como una retirada sin gloria. Los públicos de Gran Bretaña y de Estados Unidos fueron informados únicamente del curso general de la lucha, junto con escasos episodios de guerra, según lo que lograban

recoger los corresponsales y hacer pasar a través de la censura. Con este sistema se hacían aparecer agrandados los fracasos y quedaban los éxitos casi en completo silencio. Los regimientos mejor conocidos, como los australianos y los escoceses, figuraban a veces entre las noticias, siempre con sobrados méritos; pero a la infantería corriente de los regimientos de los condados ingleses, rara vez se la mencionaba. Sin embargo, estos infantes se mantuvieron siempre en lo más reñido de la contienda, valerosos y sufridos. Todos los corresponsales de guerra que vieron a estos hombres en las batallas, se deshacían en elogios por su valentía. Los críticos más severos de las autoridades militares y civiles, nunca dejaron de hacer justicia a los combatientes de las Islas Británicas. Uno de estos críticos (O. D. Gallagher en su libro "Acción en el Este"), dijo de estas tropas: "Rara vez se les elogia, con frecuencia se les desacredita, pero pelean y sufren y mueren con la heroicidad que pocos saben tener".

Se alega comúnmente que había una gran quinta columna de malayos que ayudaba a las tropas japonesas. Es verdad que durante el avance hacia el sur de las fuerzas japonesas, aldeanos malayos a veces les prestaron ayuda y les sirvieron de guía, pero esto fue casi siempre bajo las amenazas de violencia de los japoneses. Si los hubo, fueron pocos los casos probados de trabajo quinta-columnista deliberado y espontáneo, o de sabotaje realizado por la población malaya. En cambio, hubo muchos ejemplos de ayuda leal y valerosa prestada a las tropas británicas durante toda la campaña, por los malayos y chinos que habitaban esos campos. Esta fue la regla general. En la ciudad de Singapur, que se vio sometida a bombardeos día y noche durante toda la campaña, la conducta de los grupos de la defensa civil, los servicios de precaución contra los ataques aéreos, los auxiliares para combatir incendios, las brigadas de auxilio médico y la policía voluntaria, actividades todas en que malayos, chinos, hindúes y británicos trabajaban lado a lado, fueron dignas de los mayores elogios. Uno de los espectáculos más conmovedores en Singapur, fue la multitud de gente de todas las razas que se agolpaba a las clínicas para dar su sangre para transfusiones. Todos es-

taban representados, blancos, amarillos y cobrizos, en grandes cantidades. La moral de esta mixta población era verdaderamente muy alta. Si hacia el fin algunos de ellos se descorazonaron y parecieron aturdidos, se debió, no a un fracaso de la administración, sino a la condición avasalladora de la calamidad que les amenazaba.

Es digno de notarse que las mayores y más eficientes actividades de la quinta columna en Malasia, fueron las de los chinos que apoyaban a Wang Ching-wei, jefe del gobierno títere controlado por los japoneses en Nankin, que fueron enviados a Malasia en connivencia con los japoneses. La comunidad china permanente, domiciliada en la Península Malaya, fue leal y sumamente enérgica en resistir a los japoneses, no sólo en los servicios de la defensa pasiva, sino también en actividades de guerrilla, en trabajos de informaciones, y en muchas otras formas.

## II

Hacia fines de enero de 1942, las fuerzas defensoras habían sido empujadas y obligadas a retroceder hasta el extremo sur de la península de Malaca; habían atravesado el estrecho, pasando desde Johore a la isla de Singapur. Las luchas habían sido muy fieras, y en una cantidad de acciones locales separadas, las tropas británicas habían podido apreciar el fanatismo de los japoneses. Una y otra vez, desesperados ataques lanzados por una división entera de japoneses fueron rechazados por fuerzas británicas mucho menores; y es muy probable que el avance de los japoneses por la costa occidental habría sido detenido, a pesar de la superioridad numérica y de la potencia de fuego, si hubiese podido evitarse la infiltración desde puntos costeros, mediante la unión de la fuerza naval y aérea. Así en un encuentro importante sostenido por la defensa de Kuala Lumpur, los japoneses concentraron toda la artillería de una división, apoyada por tanques lanzallamas, contra un estrecho frente británico, atacando por tres días incesantemente, y renovando tropas frescas cada día; pero no lograron penetrar más allá de la línea de avanzada; una columna británica de refresco venía para contraatacar, cuando una amenaza de flanco por un destaca-

mento japonés, de una división recién desembarcada en la costa occidental, indujo al comandante británico a resolver retirarse a nuevas posiciones más al sur.

Aquí nuevamente las tropas británicas pudieron rechazar los asaltos y contraatacar; pero otra vez, en vista de amenazas provenientes de la costa, decidieron retirarse y abandonar a Kuala Lumpur. Pero esto no se realizó antes de intentar impedir nuevos desembarcos en la costa. No se pudo destacar muchas tropas para que guarnecieran las costas, porque se necesitaban todas para contrarrestar los violentos ataques frontales que los japoneses lanzaban contra la línea que cubría a Kuala Lumpur; en esos momentos habían llegado a la Península Malaya algunos refuerzos y se mandaron algunos bombarderos a terminar con los desembarcos. Lograron tomar a los japoneses de sorpresa y destruir una enorme fuerza de desembarco que se dirigía a la costa en barcas abiertas. Por desgracia, los subsiguientes esfuerzos de esta naturaleza no tuvieron éxito porque los japoneses trajeron una aviación de cazas muy numerosa, para defender sus desembarcos, y también bombarderos para atacar las defensas de la playa. En consecuencia, la Real Fuerza Aérea sufrió grandes pérdidas que no podía reponer.

La última resistencia de las tropas británicas en el continente llegó a una línea a través del extremo sur de la península en campo abierto, donde los japoneses pudieron utilizar todas sus fuerzas en conjunto. La defensa de Gemas por las tropas australianas fue una hermosa performance, y en general, la lucha en toda esa línea a pesar de las desventajas locales, fue reñida y sangrienta. Los relatos japoneses refieren que sus mayores pérdidas las sufrieron en estos encuentros, y hacen notar que aquí lanzaron a la pelea las guardias imperiales, que son lo más florido del ejército japonés. Mas, de nuevo la defensa fue quebrantada, en parte por falta de aviación para esportear y bombardear las posiciones de la artillería japonesa, pero principalmente a causa de los desembarcos en la costa.

Hacia el 30 de enero, las principales fuerzas británicas se habían retirado y cruzado el Estrecho de Johore pasando a la isla de Singapur.

El 31 de enero los japoneses habían alcanzado el dominio total del continente y

se hallaban frente a la base naval, sólo a una milla de distancia. Podían haber reducido la isla en pocas semanas por sitio y por bombardeo aéreo y de artillería, puesto que toda la región estaba al alcance de sus cañones, pero tenían prisa en capturar rápidamente a Singapur, por razón de prestigio y porque deseaban dejar libres las fuerzas para pelear en las Indias y en las Filipinas. Por lo tanto, trajeron dos divisiones de infantería de refresco y una gran cantidad de artillería de sitio, incluso howitzers nuevos. Del lado británico, a fines de enero habían llegado algunos refuerzos que alcanzaban a cerca de una división, refuerzos que inmediatamente fueron lanzados a la lucha en la península. Habían viajado por mar varias semanas y no estaban aclimatados. Sus pies estaban todavía blandos y no habían recibido entrenamiento para manejarse en la enmarañada selva, de modo que su valor como elementos de combate, en esos momentos, era más bien pobre.

El 12 de enero llegaron, embalados en jabas, como unos 50 Hurricanes. Un grupo de éstos fue armado rápidamente, bajo el fuego incesante de los bombardeos. Tomaron a los japoneses de sorpresa cuando se elevaron por primera vez y desarrollaron una espléndida actuación; pero más adelante fueron disminuyendo gradualmente, por los combates aéreos contra fuerzas muy superiores y por destrucción de aviones en tierra. Cuando los japoneses llegaron a los estrechos de Johore, frente a la isla de Singapur, los aeródromos de ésta se hallaban completamente destruidos, no podían defenderse, y de fuerza aérea no quedaba más que un puñado de Hurricanes, cuyos pilotos se hallaban completamente agotados. Los últimos dos o tres aviones Wildbeest se encontraban en tan mal estado, que constituían mayor peligro para sus pilotos que para el enemigo. Hasta los Puss Moths, y otros aviones de entrenamiento semejantes, se hicieron entrar en servicio, pilotados por valientes miembros de la Fuerza Aérea Voluntaria Malaya, para ejecutar misiones de reconocimiento.

En los primeros días del bombardeo, la artillería británica pudo dirigir sus fuegos con precisión y castigar a los japoneses porque todas las distancias habían sido medidas y esporteadas con anticipación. Pero día a día el fuego británico se fue debilitando, porque los bombarderos

japoneses podían volar continuamente encima de la isla y los aviones de reconocimiento les señalaban la ubicación de cada cañón de los ingleses. El ataque más intenso de artillería se llevó a cabo el 7 de febrero, pues parecía como que todos los emplazamientos de artillería y de ametralladoras hubiesen sido destruidos. Esa noche, bien tarde, las barcas de desembarco del enemigo cruzaron el estrecho; los japoneses parecieron sorprendidos al comprobar que su bombardeo hubiese dejado tantos hombres vivos. La primera oleada de tropas japonesas fue rechazada; quedaron pocos japoneses sobrevivientes. Pero los escasos cañones que quedaban del lado de los británicos gradualmente fueron destruidos, los proyectores fueron hechos pedazos y, antes del alba del 9 de febrero, las compañías de asalto japonesas habían sentado pie en la costa noroeste de la isla.

Se lanzó un contraataque y el grupo de desembarco fue hecho retroceder, pero los japoneses trajeron grandes refuerzos y sobrepujaron la defensa en ese punto, estableciendo una cabeza de playa. Otro desembarco se llevó a efecto en la costa noreste en iguales circunstancias y, durante el día, tres o cuatro mil soldados japoneses desembarcaron en la isla. Una lucha desesperada y confusa se prolongó por otros seis días, durante los cuales las fuerzas británicas fueron cortadas en grupos aislados, por columnas de japoneses que avanzaban desde varios puntos de la costa del norte de la isla. Uno por uno, estos grupos tuvieron que rendirse; cayó su resistencia bajo el incesante bombardeo aéreo y las granadas de la artillería. Cuando la pelea llegó a los suburbios de Singapur y el enemigo se apoderó del control de los depósitos de agua, el comando británico tuvo que decidir entre capitular o prolongar una resistencia que, en todo caso, era sin esperanzas y acarrearía la destrucción de la ciudad y la muerte de muchos de su población, compuesta por medio millón de malayos, hindúes y chinos. Pequeños grupos de tropas británicas aisladas luchaban todavía en varias partes de la isla, pero los centros más poderosos de resistencia ya estaban quebrantados y, en realidad, toda la fuerza aérea y la artillería habían sido destruidas. Por lo tanto, el general comandante decidió rendirse, y Singapur pasó a manos de los japoneses el 15 de febrero de 1944.

La cantidad de tropas británicas existentes en la isla en esa fecha, fluctuaba probablemente entre 70.000 y 80.000, contando los refuerzos de tropas bisoñas, que llegaron en las últimas semanas de la campaña. De este total, las tropas de combate efectivas de primera línea, quizá no pasaban de 45.000; muchas de éstas tuvieron que ser apostadas en los puntos avanzados y más vulnerables de la costa (que se extendía por unas 50 millas de largo) y listas igualmente para repeler desembarcos de paracaidistas, en puntos del interior de la isla. En sus puntos hábilmente escogidos para el ataque, los japoneses tuvieron superioridad numérica, la que mantuvieron y aumentaron tan pronto como lograron sentar pie; pero del lado británico, lo que se necesitaba no era tanto hombres como equipo: más aviación, más morteros, más cañones antitanques y antiaéreos, y hasta más rifles con que armar a más voluntarios.

Gratuitamente se han dirigido cargos de vacilación y desatino a la administración civil, aunque indudablemente habrá habido equivocaciones, exactamente como se cometieron en países europeos pacíficos, que repentinamente se vieron sometidos a los rigores y sorpresas de la guerra.

Es casi imposible que un gobierno civil, ya sea nacional o municipal, pueda preparar con anticipación planes adecuados para todas las contingencias que puedan presentarse en la guerra moderna.

En Inglaterra misma, con un público homogéneo y políticamente experimentado, la experiencia nos ha demostrado lo difícil que es hacer en cada caso exactamente lo preciso, prever lo que es indispensable y lo que no es importante, en materias tales como el racionamiento de los alimentos, el mejor empleo del personal civil, las precauciones contra los ataques aéreos, y los servicios de bomberos y de auxilio médico. Estas dificultades en la Península Malaya se vieron multiplicadas por circunstancias locales, en particular, por la composición racial de la población.

El papel que debía desempeñar esta parte de la Malasia, le había sido asignado desde el comienzo de la guerra. Consistía en dedicar todas sus energías a producir caucho y estaño, como materias primas para la guerra. La administración de-

bía tener presente este objetivo y al mismo tiempo preocuparse de los preparativos contra un ataque eventual. Tenía que planear con anticipación todos los servicios de defensa pasiva, de que pudieran encargarse los civiles, organizar una fuerza de voluntarios armados, controlar el movimiento de naves, el comercio y el cambio, acumular stocks de emergencia y racionar los alimentos y otros artículos, acelerar la producción y vigilar los intereses, a veces nada fáciles de conciliar, de una población heterogénea de malayos, chinos, hindúes y europeos. En el cumplimiento de estas difíciles tareas, lo que era de admirar era el grado de éxito, más que el grado de deficiencia, que se alcanzó. Cuando llegó el momento de la prueba, la mayor parte de los dispositivos preparados funcionaron bien. Se han esparcido historias de "hacendados que no hacían más que emborracharse con whisky" y de "empleados obstinados" que no quisieron abandonar sus hábitos ni aun frente a la emergencia.

Tales historias son falsas en su mayoría. Indudablemente hubo algunas deplorables excepciones, porque en todas las colectividades nunca falta gente desenfrenada e incomprensiva. Pero la gran mayoría de los civiles de Malasia se levantó inmediatamente para cooperar, como lo reclamaba la ocasión. La población masculina de europeos estaba sujeta a servir hasta la edad de 55 años; la mayor parte de los hombres de menos edad se hallaban enrolados en las fuerzas armadas; todos los demás tenían sus obligaciones asignadas fuera de su empleo normal como civiles, lo cual se regía por los reglamentos del Directorio de Reclutamiento. Cuando llegue el momento de poder contar la historia completa de la crisis de la Península Malaya, se comprobará que los agricultores, los comerciantes y sus familias realizaron acciones beneméritas y muchas veces heroicas. Dado que muchos de ellos encontraron la muerte mientras se desempeñaban en el puesto del deber, es inconcebible que los que tuvieron la suerte de escapar, traten de oscurecer la memoria de los que no pueden replicar.

La mayor parte de las críticas contra el gobierno colonial giran alrededor del caso de Penang. Hay que reconocer que el colapso de la ciudad de Penang reveló cierta debilidad en la administración civil y en el control militar locales. Los bom-

barderos japoneses atacaron la ciudad el 11 de diciembre y cogieron de sorpresa a toda la población en una serie de ataques de terror, durante tres días consecutivos. Las bajas fueron terribles, tanto por el bombardeo aéreo como por el ametrallamiento de las calles atestadas de público. Todos los servicios esenciales se interrumpieron y la mayor parte de la población de nativos huyó a los cerros. La ciudad estaba en llamas, cientos de cadáveres yacían insepultos en las calles, la policía de nativos había desaparecido casi por completo para dedicarse a poner en salvo a sus propias familias, bandas de ladrones saqueaban los distritos comerciales, y no había más trabajo que el que hacían unos pocos voluntarios para combatir los incendios, atender algunos servicios sanitarios y enterrar a los muertos.

La plaza era presa del pánico y confusión completas; así es que se comprende, si no se excusa, que se hayan tomado decisiones apresuradas y a veces equivocadas. Sin embargo, aunque así haya sido, hubo una evacuación precipitada de la población de Penang, al parecer, por orden del comando militar de la localidad. En verdad, la noticia de esta evacuación causó gran sorpresa y consternación al gobierno civil de Singapur, porque sus efectos sobre la población asiática fueron graves. Se alegaba que la población blanca había huido, abandonando a los asiáticos a su suerte. Los hechos eran oscuros; pero los resultados eran claros.

Los relatos de las atrocidades cometidas por los japoneses en China, y de la deliberada humillación de los hombres y mujeres inglesas en Tientsing, aumentaban los temores de las personas blancas, de que éstas serían escogidas de preferencia como víctimas. Es de presumir que el comando militar local estimó que, como era imposible evacuar toda la población de Penang a la vez, era justificado el ordenar que los residentes blancos salieran primero, porque los japoneses con su propaganda incitaban a los asiáticos al asesinato, instándolos a "quemar a los blancos en una hoguera de victoria". La autoridad civil ya no pudo funcionar en una zona de pelea que se encontrara bajo un ataque, y sus empleados también se retiraron, de acuerdo con los militares que habían recibido instrucciones de evacuar la isla y unirse a las fuerzas del continente. No obstante esto, el Dr. Evans, oficial médico

jefe del gobierno, permaneció atrás; lo mismo hicieron el reverendo Mr. Scott, de la iglesia de Inglaterra, el Rev. hermano Pablo, de la Iglesia Católica Romana, y el ayudante Harvey, del Ejército de Salvación. Si los funcionarios civiles hubiesen permanecido atrás, habrían podido disponer una evacuación ordenada de los asiáticos, que estaban amenazados de un peligro particular de parte de los japoneses.

De hecho, muchos de estos escaparon, pues los japoneses no prosiguieron sus ataques durante varios días después de sus primeros bombardeos; pero el daño ya estaba hecho, y los efectos de este error fueron deplorables. Sin embargo, esto hizo comprender a los empleados residentes en otras partes de Malasia sus responsabilidades especiales; y debe decirse, en justicia para los empleados civiles coloniales, que una cantidad de ellos pidió autorización para regresar a Penang, con el objeto de cuidar de los habitantes nativos, siquiera como un acto simbólico. La lección de Penang fue útil. Demostró la naturaleza del enemigo, la necesidad de concertar una acción decisiva en una emergencia, y la importancia de ejecutar prontamente la política de tierra arrasada, que ya se había ordenado por el gobierno nacional.

El Consejo de Guerra de Singapur consideraba cuestiones resultantes de la política de tierra arrasada casi diariamente, en el curso de toda una campaña, y emitía las órdenes más categóricas con respecto a la destrucción de los stocks de petróleo, de caucho, y de otras importantes materias, de las plantas mineras, de las maquinarias y demás objetos que podían ser de utilidad al enemigo. Su tarea no era fácil, puesto que tenían que considerar los efectos de la destrucción sobre el ánimo de las poblaciones nativas. Estas eran cuestiones difíciles de resolver, y a veces hubo desacuerdo entre el gobierno civil, que consideraba el bienestar de las muchedumbres de nativos entregados a su cuidado, y el Comando del Ejército, que sólo consideraba la necesidad militar. La necesidad militar prevaleció. Los árboles productores de caucho no fueron destruidos, porque habría sido físicamente imposible cortarlos y quemarlos.

### III

La caída de Singapur fue un gran desastre militar; pero explicarlo simplemente

por la incompetencia de los jefes militares y la política equivocada de los administradores de la colonia, es no comprender sus lecciones. Los que abogan por la reforma colonial han argumentado que si se hubiese dado la libertad política al pueblo malayo, éstos hubiesen peleado vigorosamente apoyando a las fuerzas británicas y librado al país de la invasión de los japoneses. Esta crítica prescinde del brillante papel que desempeñó el régimen malayo, como se dijo más arriba, ni toma en cuenta las relevantes hazañas de las tropas hindúes y gurkhas, no sólo en la campaña de la Península de Malaca, sino también en cien otras campañas, en que éstas han peleado hombro a hombro con sus camaradas británicos, en ésta y en otras guerras. La hermandad en armas de los soldados británicos e hindúes, es una tradición de que ambos se enorgullecen. Parece justo recordar estos hechos, cuando se hace notar que en las islas Filipinas, los soldados filipinos del ejército nacional pelearon bravamente junto a sus camaradas norteamericanos y tuvieron un gran papel en la resistencia que presentaron al ataque de los japoneses.

Es indudable que, por lo general, los hombres luchan con más vigor y entusiasmo por su propio país y por sus instituciones, que por una causa en que no tienen interés político directo; pero desgraciadamente la libertad política sola no es garantía contra la conquista. La libertad tiene que ser apoyada por la unidad política y por una gran fuerza armada, no sólo con potencia-hombres, sino también con armas modernas, como muchas naciones libres ya tuvieron que aprenderlo a su propia costa. La unidad, en un estado independiente en la Península Malaya, habría sido muy difícil de conseguir, en vista de que su población está formada por dos millones de malayos, dos millones de chinos, casi un millón de hindúes, y de otras razas. Es verdad que Malasia, sin la protección de una potencia occidental, hace mucho tiempo que habría caído en manos del Japón y estaría sometida a una explotación tiránica, que, en comparación con el régimen colonial británico, éste resulta absurdamente benévolo. Los filipinos mismos, a pesar de su ejército nacional y de la poderosa ayuda de Estados Unidos, tampoco pudieron resistir; y es muy posible que hubiesen caído mucho antes, si los japoneses no hubiesen llevado a cabo

primero su plan estratégico de reducir a Singapur. Los japoneses lo han declarado repetidas veces, que ellos consideraban a Singapur como la clave para su estrategia; pues habían proyectado emplear sus tropas y su aviación lanzándolas desde la Península de Malaca para el ataque final contra las Indias Orientales Holandesas, y por último contra Bataan.

Pero en las Filipinas, lo mismo que en la Península Malaya y las Indias Holandesas, lo que trajo la derrota no fue la escasez de hombres, sino más bien la falta de armas y municiones y, principalmente, la falta de fuerza aérea y naval. La libertad política, aunque en circunstancias favorables puede contribuir al empleo eficiente de las armas, no es ella misma un arma. Nos engañaríamos a nosotros mismos, si nos imagináramos que fomentando el desarrollo de las instituciones libres en los países del Lejano Oriente, avanzaríamos en la solución del problema de su seguridad. Podemos tener nuestras opiniones particulares acerca de los méritos y defectos de la administración colonial; pero lo que faltó en la Península Malaya, como en las Indias Holandesas y en las Filipinas, no fueron urnas para votar, sino bombas y balas.

La razón por qué no se disponía de armas y municiones en cantidades suficientes, es bastante sencilla. Es que los gobiernos y los pueblos de las democracias occidentales consideraban, contra toda esperanza, que la pluma fuera más poderosa que la espada y que los tratados reemplazarían a la fuerza armada. La batalla de Malasia se perdió quizá en Londres, París y Washington, antes que comenzara la guerra del Pacífico.

De todos modos, cuando Francia cayó, e Inglaterra se quedó sola en 1940, ésta debió elegir entre si debería o no emplear la pequeña fuerza armada que le quedó después de Dunkerque. En ese momento, uno de los más oscuros de su historia, el gobierno británico tomó una resolución valiente, que hechos posteriores han justificado. Envío una división blindada, que difícilmente podía retirar de la defensa de Gran Bretaña, al Cercano Oriente para

defender el Egipto, y tuvo que resignarse a correr el riesgo de no reforzar a Singapur. Los japoneses, aprovechándose del colapso de Francia, penetraron a Indochina y amenazaron a Tailandia. Este movimiento hizo cambiar radicalmente toda la situación estratégica del Lejano Oriente. Produjo circunstancias que no habían sido tomadas en cuenta cuando se planeó la base de Singapur.

Se había supuesto que en cualquier conflicto con el Japón en el área del Pacífico, Gran Bretaña podría contar, si no con el apoyo activo de Francia, por lo menos con su neutralidad. La caída de Francia trajo un conjunto absolutamente nuevo de condiciones. Francia no solamente dejó de ser ya un aliado, sino que se convirtió en un posible enemigo. La Indochina francesa pasó a ser de hecho un aliado del Japón, puesto que le proporcionaba bases cercanas para llevar sus ataques a los mares del sur. Al mismo tiempo, la defeción de la flota francesa obligó a Gran Bretaña a retener toda su fuerza naval en el Atlántico y en el Mediterráneo. Posteriormente, en 1941, cuando Alemania atacó a la URSS., fue necesario enviar toda la ayuda posible a Rusia. Esto y las demandas de Egipto, hicieron prácticamente imposible el proporcionar más ayuda a las fuerzas de Malasia.

Los buques de guerra que hubieran podido hacer frente a los japoneses en el Pacífico, los bombarderos que hubieran podido destruir sus transportes, los pequeños barcos armados que habrían podido impedir sus desembarcos en las costas de la Península Malaya, los aviones de combate y de reconocimiento, los cañones y los tanques que hubieran podido rechazar sus ataques aéreos y de artillería, todos estos elementos fueron enviados a hacer frente al enemigo en otras partes. La elección se hizo, y Singapur tuvo que sufrir. Pero cuando se escriba la historia de toda la guerra, seguramente se verá que semejante decisión, por más dolorosa y lamentable que haya sido, era inevitable y correcta.

(De "Forcing Affairs", enero 1944).

